

apostillada.—¿Por quién? interrumpió con viveza el zar.—Por el augusto hermano de vuestra majestad, por su alteza imperial el gran duque Constantino.—¡Ah! profirió el emperador alargando la mano y retirándola al punto.—Esto me ha hecho alentar la esperanza de que vuestra majestad abriría un paréntesis á sus costumbres y se dignaría admitir esta súplica.—Se engaña V., caballero, no la admito, y no la admito, porque, de hacerlo, mañana me presentarían mil, y me vería obligado á huir de estos jardines en los que ya no me dejarían solo. Y al ver en mi rostro la contrariedad que tal negativa me producía, y tendiendo el brazo hacia la iglesia de Santa Sofía, añadió: Eche V. al buzón, en la ciudad, este memorial; hoy mismo lo recibiré, y pasado mañana obtendrá V. la respuesta.—Señor, dije, estoy profundamente agradecido á vuestra majestad.—¿Quiere V. probarme su agradecimiento?—¡Oh! ¿y vuestra majestad me lo pregunta?—Pues no diga V. á persona alguna que me ha presentado una petición y no ha sido V. castigado. Quede V. con Dios.

Dichas estas palabras, el emperador se alejó, dejándome estupefacto con su melancólica bondad; pero no por eso dejé de seguir su consejo, y eché mi memorial al buzón. Tres días después, como el zar me prometiera, recibí la respuesta, y con ella mi nombramiento de maestro de esgrima del imperial cuerpo de ingenieros, con el grado de capitán.

VIII

Ya regularizado, ó poco menos, mi estado, resolví desde luego dejar la fonda de Londres, y poner casa. A este efecto recorrí en todas direcciones la ciudad, y en una de tales excursiones empecé á conocer verdaderamente á San Petersburgo y á sus habitantes.

El conde Alejo había cumplido su palabra. Gracias á él, desde mi llegada conté con un número de discípulos que, sin sus recomendaciones, no habria y conseguido en un año. Los discípulos á que quiero referirme eran Nariskin, primo del emperador; Pablo de Bobrinski, nieto admitido, si no reconocido, de Gregorio Orloff y de Catalina la Grande; el príncipe de Trubetskoi, coronel del regimiento de Prebowjenskoi; Gorgoli, gran maestre de policía, otros señores de las más encopetadas familias de San Petersburgo, y dos ó tres oficiales polacos que servían en el ejército del emperador.

Una de las cosas de los más encumbrados señores rusos que más me llamó la atención, fué su hospitalaria cortesía, primera virtud de los pueblos que tan raramente sobrevive á su civilización, y que nunca vi desmentida en lo que á mi atañe. Verdad es que el emperador Alejandro, como Luis XIV, que dió á los seis maestros de armas más antiguos de París títulos nobiliarios para sí y sus descendientes, miraba también la esgrima como un arte y no como un oficio, y se había propuesto realzar la profesión que yo ejercía dándonos á mis compañeros y á mí grados más ó menos elevados en el ejército. Con todo eso no puedo menos de decir en alta voz que en ningún país del mundo habria encontrado, como en San Petersburgo, esa familiaridad aristocrática que, sin humillar al que la concede, eleva al que es objeto de ella.

El buen acogimiento de los rusos contribuye tanto más al gusto de los extranjeros, cuanto los hogares domésticos son animadísimos, gracias á los aniversarios y á las grandes fiestas del calendario, á las que todavía hay que añadir la del patrón particular de la casa. De ahí que por poco extenso que sea el círculo de los conocidos, uno pasa pocos días sin que pueda disfrutar de dos ó tres comidas y otros tantos bailes.

Otra ventaja gozan en Rusia los maestros, y es que se convierten en comensales de la casa, en algo así

como miembros de la familia. Por poco distinguido que sea, el maestro toma en el hogar doméstico, entre el amigo y el jefe de la familia, un sitio que participa de ambos, sitio que aquél conserva mientras le conviene, y que casi nunca pierde por su culpa.

Tal fué la distinción con que quisieron honrarme algunos de mis discípulos, entre ellos Gorgoli, el gran maestro de policía y uno de los corazones más nobles y más buenos que he conocido. Griego de origen, hermoso, alto, garrido, diestro en todos los ejercicios, era, con el conde Alejo Orloff y Bobrinski, el tipo del verdadero señor. Diestro, como digo, en todos los ejercicios, desde la equitación hasta la pelota, espadachín consumado, generoso como un antiguo boyardo, era á un tiempo la providencia de los extranjeros y de sus conciudadanos, para los cuales estaba siempre visible fuese cual fuese la hora del día ó de la noche. En una ciudad como San Petersburgo, esto es en aquella Venecia monárquica en que ningún rumor tiene eco, en que los canales del Mocka y de Catalina, como los de la Giudecca y de Orfano, devuelven silenciosamente sus muertos, en que los butchnicks que velan en las esquinas de las calles inspiran á las veces más terror que no confianza, el mayor Gorgoli era el responsable de la seguridad pública. Al verlo recorrer incesantemente, en un ligero droschki arrastrado por caballos veloces como gacelas y relevados cuatro veces al día, los doce barrios de la ciudad, los mercados y los bazares, los habitantes cerraban, por la noche, tranquilamente la puerta de su casa, instintivamente seguros de que aquella providencia visible quedaba velando en las tinieblas. No daré más que una prueba de la incesante vigilancia de mi discípulo: durante los doce años largos de talle que Gorgoli era gran maestro de policía, ni una sola vez salió de San Petersburgo. Por eso quizá no hay en el mundo otra ciudad donde de noche se viva más seguro que en la capital rusa. La policía vela á una so-

bre los que están encerrados en sus casas y sobre los transeuntes. De trecho en trecho se alzan torres de madera más altas que las casas, que, por otra parte, suelen no tener más que dos ó tres pisos. En la parte superior de las mencionadas torres velan continuamente dos hombres que inmediatamente que una chispa, un resplandor, una humareda les delata un incendio, tiran de una campanilla que corresponde al pie de la torre, y mientras enganchan á las bombas y á las cubas los caballos siempre enjaezados, indican el barrio de la ciudad en que se manifiesta el siniestro. Al punto los bomberos y las bombas parten al galope, sin que les sea permitido emplear más tiempo que el estrictamente calculado para trasladarse al lugar donde es necesaria su presencia; de modo que en San Petersburgo no sucede lo que en Francia, donde el propietario tiene que despertar á la policía, sino al contrario, allí la policía viene y le dice á uno: "Levántese V., que está ardiendo su casa."

La fractura casi nunca es de temer; por ladrón que sea el ruso, no rompe un cristal ni fuerza una puerta; y tan es así que, con tal que esté sellada, puede uno confiar á un mujick, á la mano del cual no conviene dejar una moneda de vellón, una carta en la que aquél habrá visto meter diez mil rublos en billetes de banco.

Esto en cuanto á la tranquilidad de los que se quedan en su casa. Respecto á los que transitan por las calles, únicamente tienen que temer á los butchnicks encargados de protegerlos; pero son estos últimos tan cobardes, que con un bastón ó una pistola un solo hombre pondría en fuga á diez. Tales miserables se ven pues constreñidos á arrojar sobre alguna ramera rezagada, para la cual, en todo caso, el robo no es una gran pérdida, ó la violación una gran pesadumbre. Por lo demás, todo tiene en San Petersburgo su lado bueno: durante las noches de invierno, en que á pesar del alumbrado público la oscuridad es tal que los caballos corren continuo peligro de chocar entre

si, el butchnick advierte siempre á tiempo á los cocheros; y es que su vista está de tal suerte acostumbrada á las tinieblas entre las cuales vive, que en medio de la negrura de la noche el butchnick percibe un trineo, un droschki ó una calesa que se acerca silenciosamente sobre la nieve, y que, sin su advertencia, chocaría con alguno de los que con la velocidad del rayo llegan por el lado opuesto.

Desde noviembre á marzo, la siempre penosa tarea de los infelices butchnicks, que, según me han asegurado, no tienen más que veinte rublos anuales de sueldo, á las veces resulta mortal. Pese á los gruesos trajes que visten y á todas las precauciones que toman contra él, el frío penetra sordamente al través de las ropas y de las pieles, y en este caso el vigilante nocturno no se halla con fuerzas para andar constantemente; se apodera de él un desaliento profundo, una modorra pérfida, y se duerme en pie. Si en aquel momento no pasa algún oficial de ronda que lo haga apalea desapiadadamente hasta que los estacazos hayan restablecido la circulación de la sangre, se acabó, el butchnick no vuelve á despertarse, y al día siguiente lo encuentran envarado en su garita. El invierno que precedió á mi llegada á San Petersburgo, uno de aquellos desventurados, á quien encontraron muerto de tal suerte, y al cual quisieron apartar de su sitio, cayó de frente contra un poyo, y, rompiéndosele en redondo el cuello, su cabeza fué á parar, rodando como una bola, á la acera inmediata.

Después de algunos días de andar de acá para allá, conseguí hallar en el canal de Catalina, esto es en el centro de la ciudad, una habitación decente y amueblada, en la cual, para completar el ajuar, bastóme llevar colchones y un catre. La cama, usada únicamente por los grandes señores, es mirada como un mueble de lujo por los campesinos, que duermen sobre estufas, y por los industriales, que lo hacen sobre pieles ó sentados en sillones.

Satisfecho de mi nueva habitación me encaminaba al Almirantazgo, cuando sin pensar que aquel día era el santo día del domingo, dióme por entrar en un baño ruso. En Francia había oído yo hablar repetidas veces de esta clase de establecimientos, de modo que al pasar por delante de una casa de baños, resolví aprovechar la coyuntura. Lleguéme á la puerta de aquélla, y mediante dos rublos y medio me entregaron una entrada que me sirvió para que me introdujeran en una pieza donde los bañistas se desnudan y que está calentada á la temperatura normal.

Mientras me estaba desnudando en compañía de una docena de personas, un muchacho vino á preguntarme si había traído conmigo un criado, y al responderle que no, se informó de qué edad, precio y sexo deseaba yo al que tenía que frotarme. Tal pregunta reclamaba una explicación; provoquéla pues, y supe que el establecimiento contaba con muchachos y hombres prontos á servir á los bañistas, y que por las mujeres enviaban á una casa contigua. Una vez hecha la elección, la persona sobre la cual había aquélla recaído se desnudaba como el bañista, y entraba con él en la segunda pieza, calentada á la temperatura de la sangre. Por un instante no supe qué contestar; pero pudiendo más en mí la curiosidad que la vergüenza, elegí al muchacho preguntón, el cual, apenas le hube manifestado mi preferencia, fué á descolgar de un clavo un puñado de juncos, desnudóse como yo, abrió una puerta y empujóme á otra pieza, al entrar en la cual me dí á entender que algún nuevo Mefistófeles me había conducido, sin yo sospecharlo, al conventículo. Figúrese el lector trescientas personas en cueros vivos, hombres y mujeres, niños y ancianos, la mitad de los cuales azota á la otra mitad, gritando, riendo y haciendo mil grotescas contorsiones, todo sin la menor idea de pudor. Es que en Rusia el pueblo es tan menospreciado, que se confunden sus costumbres con las de los animales, y la policía no ve

sino ayuntamientos propicios á la población, y por tanto á la fortuna de los nobles, en un libertinaje que empieza en la prostitución y no se detiene ni en el incesto.

Al cabo de diez minutos me quejé de calor y me volví á la primera pieza, donde me vestí; luego eché dos rublos al muchacho, y me salí sublevado contra una desmoralización que, en San Petersburgo, parece tan natural en las clases bajas, que nadie me había hecho mención de ella.

Preocupado con lo que acababa de ver iba yo por la calle de la Resurrección, cuando dí de manos á boca con un grupo bastante considerable que bregaba por entrar en el patio de suntuoso palacio. Aguijado por la curiosidad me puse á la cola, y ví que lo que atraía á la gente eran los preparativos del suplicio del knut (azotes) que iba á ser administrado á un siervo. Sin fuerzas para asistir á tal espectáculo me disponía á retirarme, cuando abrieron un balcón; dos muchachas colocaron en él una butaca y un almohadón de terciopelo, y tras de aquéllas pareció una mujer cuyos delicados miembros temían el contacto de la piedra, pero cuyos ojos no se asustaban á vista de la sangre. Al punto la muchedumbre pronunció un nombre que en voz baja fué repetido por más de cien voces cuya entonación no daba lugar á engaño: ¡la Gosudarina! ¡la Gosudarina! dijeron todos.

En efecto, la hermosa Machinka estaba junto al ministro, envuelta en un abrigo de pieles. Según decían, uno de sus antiguos compañeros había tenido la desgracia de faltarle al respeto, y ella había exigido que para advertencia de los demás aplicasen al infeliz un castigo ejemplar. La gente se dió á entender que la venganza de la Gosudarina no pasaría de aquí; pero no le bastó á ésta el saber que el culpado iba á ser castigado, quiso presenciar el castigo. En cuanto á mí, en la confianza de que no obstante lo cruel que me la pintara Luisa, la Gosudarina se había

presentado para perdonar ó á lo menos para suavizar el suplicio, me quedé entre los espectadores.

La Gosudarina oyó el murmullo que levantó su presencia; pero en vez de acobardarse ó correrse, lanzó á la muchedumbre una mirada de altivez y de insolencia como no lo habría hecho una reina; luego se sentó en el sillón, y apoyó el codo en el almohadón y la cabeza en una de sus manos, mientras con la otra acariciaba á una galguita blanca que descansaba en el regazo de su ama su cabeza de serpiente.

Por lo visto no esperaban más que la presencia de la Gosudarina para dar principio á la ejecución, pues apenas la hermosa espectadora se asomó á la ventana, cuando abrieron una puerta de la planta baja y el culpado avanzó en medio de dos mujicks que llevaban sendas cuerdas anudadas en torno de las muñecas y eran seguidos de otros dos ejecutores que empuñaban sendos látigos ó knuts. El reo era un joven de barba rubia, rostro apacible y facciones marcadas. La muchedumbre, al verlo, dejó escapar un murmullo, y no faltó quien dijo que aquel mozo, jardinero principal del ministro, cuando era todavía siervo había amado á Machinka, de la cual era correspondido, como lo prueba el que iban á contraer matrimonio, que no llegó á realizarse por haber el ministro puesto los ojos en ella y alzádola ó bajádola, como se quiera, á la categoría de querida suya. Ahora bien, desde entonces y por un cambio inexplicable, la Gosudarina cobró un odio profundo al joven, que más de una vez había sentido ya los efectos de tal cambio, como si ella temiese que su amo no la tildase de que persistía en alguno de los afectos de su antiguo estado. Por último, la víspera, la Gosudarina encontró á su compañero de esclavitud en una de las alamedas del jardín, y como aquél le dirigiese algunas palabras, empezó á dar voces diciendo que el joven la había insultado, y, al regresar el ministro, reclamó de éste el castigo del culpado.

Los preparativos del suplicio estaban dispuestos de antemano: consistían en una tabla inclinada con una argolla para sujetar el cuello del paciente, y dos postes colocados á derecha y á izquierda para atarle los brazos; en cuanto al knut, era un látigo cuyo mango tenía unos sesenta centímetros de longitud al que iba unida una corregüela plana, de doble longitud que el mango, rematada en una anilla de hierro de la que partía otra correa una mitad larga que la primera, triangular, ancha de unos seis centímetros en la base y terminada en agudísima punta, que por estar previamente empapada en leche y secada al sol es tan dura como la de un puñal. Por regla general, á cada seis latigazos cambian la correa, pues la sangre reblandece el cuero; mas en la circunstancia presente tal precaución resultaba inútil, toda vez que el condenado tenía que recibir doce latigazos y había para ello dos ejecutores. Los cuales, por lo demás, no eran otros que los cocheros del ministro, elevados á tal categoría por su hábito de manejar la fusta; siendo de advertir que tan infamativo empleo no menoscababa lo más mínimo la buena amistad de sus compañeros, que, llegado el caso, tomaban su desquite, pero sin rencor, como hombres que obedecen. Por lo demás, sucede con frecuencia que en una misma asentada los azotadores pasan á ser azotados, y más de una vez, durante mi estancia en Rusia, he visto á grandes señores, en un arrebató de cólera contra sus criados, y no teniendo á la mano con que sacudirles el polvo, ordenarles que se agarrasen por los cabellos y se propinasen recíprocamente puñadas en las narices. Cierto que al principio los criados titubean y obedecen con timidez, pero á poco el dolor los enardece, y cada uno por su parte sacude al otro cada puñetazo que tiembla el misterio, mientras el amo no cesa de gritar: «¡Más recio, tunantes, más recio!» hasta que teniendo por suficiente el castigo, les dice: «Basta.» A esta palabra, cesa como por encanto la pelea, los antagonistas

van á lavarse la cara en la misma fuente, y vuelven cogidos del brazo y tan amigos como si no hubiese pasado cosa alguna.

Ahora el condenado no tenía que verse libre á tan poca costa; así es que con sólo presenciar los preparativos del suplicio sentí profunda emoción; sin embargo no parecía sino que me hubiese clavado en el sitio la extraña fascinación que arrastra al hombre hacia donde el hombre padece. Quedéme pues, lo digo ingenuamente, si bien en mi decisión influyó grandemente el deseo de ver hasta dónde llevaría su crueldad aquella mujer.

Los dos ejecutores se acercaron al joven, lo desnudaron hasta la cintura, tendieronlo en el patíbulo, le sujetaron el cuello en la argolla y le ataron los brazos en los postes; luego uno de ellos hizo formar círculo á los espectadores, á fin de reservar á los actores de aquella terrible escena un espacio que les permitiese obrar con desahogo, el otro tomó aliento, y levantándose de puntillas, descargó el latigazo de modo que la correa diese dos vueltas al cuerpo del paciente, en el que imprimió una faja azulada. El desventurado, por mucho que fuese el dolor que hubiese sentido, no profirió ni un ay. Al segundo latigazo, aparecieron en la piel algunas gotas de sangre, y al tercero ésta manó en abundancia. Desde este instante el látigo descargó sobre la carne viva, tanto, que á cada golpe el ejecutor oprimía la correa entre sus dedos para escurrir la sangre. Aplicados los seis primeros latigazos, el segundo ejecutor reemplazó al primero con un látigo flamante. Por lo demás, desde el quinto latigazo hasta el último, el infeliz castigado no dió más señal de sensibilidad que la crispatura nerviosa de sus manos, y á no ser un ligero movimiento muscular que á cada percusión le hacía estremecer los dedos, pudiera habersele tenido por muerto.

Terminada la ejecución, desataron al joven, que,

casi desmayado, no podía sostenerse en pie; sin embargo no había lanzado una voz, ni un gemido.

Aquella insensibilidad, aquel valor eran para mí inexplicables.

Dos mujicks cogieron al joven por los sobacos y lo condujeron á la puerta por la cual viniera, y en el instante de entrar, aquél se volvió y susurró en ruso y mirando á Machinka algunas palabras que no pude comprender. Indudablemente tales palabras eran un insulto ó una amenaza, pues los compañeros del joven lo empujaron con viveza bajo la bóveda. En cuanto á la Gosudarina, respondió á su antiguo amante con una sonrisa de desdén, y sacando de su bolsillo una cajita de oro, dió algunas golosinas á su galga predilecta, llamó á sus esclavas y se alejó apoyada en los hombros de ellas.

El balcón cerróse tras la Gosudarina, y los espectadores, al ver que todo había terminado, se retiraron silenciosamente, y algunos moviendo á una y otra parte la cabeza como diciendo que tamaña inhumanidad en una mujer tan joven y tan hermosa no podía menos de atraer tarde ó temprano sobre ella la venganza de Dios.

IX

Catalina decía que en San Petersburgo no había invierno y verano; sino dos inviernos, blanco el uno, y el otro verde.

El invierno blanco se nos echaba encima á más andar, y por mi parte veíalo venir no sin curiosidad. Plácenme los países en su exageración, si vale decirlo así, pues únicamente entonces se muestran en su verdadero carácter. Para ver á San Petersburgo en verano y á Nápoles en invierno, no vale la pena moverse de Francia.

Constantino regresó á Varsovia sin haber podido descubrir nada de la conspiración que lo llevara á San Petersburgo, y el emperador Alejandro, que instintivamente se sentía envuelto en una vasta red tendida contra su existencia, dejó, con más tristeza que no solía, sus hermosos árboles de Zarko-Selo, las hojas de los cuales cubrían ahora la tierra. Habían pasado los días ardientes y las pálidas noches; ya no era azul el firmamento, ni las ondas del Neva arrastraban zafiros, ni llenaban el espacio éólicas músicas, ni las linfas del río se abrían al paso de góndolas cargadas de flores y mujeres. Habríame halagado ver otra vez aquellas islas maravillosas que á mi llegada estaban entapizadas de plantas exóticas de tupido follaje y anchas corolas; pero las plantas habían vuelto por espacio de ocho meses á sus invernáculos. Busqué palacios, templos y parques deliciosos, y sólo ví barcas envueltas en mantos de niebla, en torno de las cuales los abedules movían sus peladas ramas y los abetos sus oscuros brazos cargados de franjas funerarias y abandonados por sus habitantes los pintados pájaros de verano, que ya habían huido de San Petersburgo.

Siguiendo el consejo que á mi llegada me diera el lionés en la mesa redonda, ya no salí á la calle sino cubierto de abrigos de pieles, comprados en casa de aquél; y así iba yo de uno á otro extremo de la ciudad á dar mis lecciones, que, á decir verdad, casi siempre se deslizaban en medio de conversaciones más bien que en la práctica de la esgrima. Gorgoli sobre todo, que después de trece años de desempeñar el cargo de gran maestro de policía había dimitido á consecuencia de una discusión con el general Milarodowich, gobernador de la ciudad, y que, retirado á la vida privada, tenía necesidad de reposo tras una agitación tan prolongada, á las veces me hacía quedar horas y horas á su lado para que le hablase de Francia y le contase mis asuntos personales como á un amigo. El que después de Gorgoli me daba mayores muestras de afecto era Bo-

brinski, el cual, aparte de otros regalos que me hacía incesantemente, me dió un magnífico sable turco. Respecto del conde Alejo, continuaba siendo mi más ardiente protector, por más que no lo viese en su casa sino contadísimas veces, gracias á tenerle sumamente ocupado las reuniones con sus amigos de San Petersburgo y aun de Moscou; porque es de saber que no obstante las doscientas leguas que á las dos capitales separan, estaba continuamente viajando: ¡de tal suerte es el ruso un singular compuesto de contradicciones, y, desidioso por temperamento, se abandona fácilmente á la febril actividad del tedio!

Donde me era dable ver de tiempo en tiempo al conde era en casa de Luisa. Mi pobre paisana, con profundo dolor mío, estaba cada día más triste. Si la encontraba sola, la interrogaba sobre las causas de su tristeza, á mis ojos originada de los celos; pero al tocar este punto, Luisa movía á una y otra parte la cabeza y hablaba del conde Alejo con tanta confianza, que acordándome de lo que ella me dijera respecto del profundo tedio de Waninkoff, empecé á sospechar que éste tomaba parte activa en la sorda conspiración de que se hablaba misteriosamente sin saber quiénes la tramaban ni contra quién iba dirigida. Y aquí viene de molde hacer justicia á los conjurados rusos: no recuerdo haber notado nunca el más pequeño cambio en las facciones del conde Alejo, ni la más mínima alteración en su carácter. Maquiavelo, al indicar á Constantinopla como la mejor escuela de los conspiradores, estuvo injusto con Moscou la santa.

Llegó el 9 de noviembre de 1824; densas nieblas envolvían la ciudad, y hacía tres días que del golfo de Finlandia soplaba un viento sudoeste impetuoso, frío y húmedo, de modo que el río parecía un mar de leva. Numerosos grupos reunidos en los malecones á pesar del viento que cortaba el rostro, notaban con inquietud la submarina agitación del Neva, y contaban á lo largo de los muros de granito que lo encajonan los

anillos superpuestos que indican las alturas de las diferentes crecidas. Otros, á la par que oraban al pie de la Virgen que, como hemos dicho, por poco hace desistir á Pedro el Grande de edificar la ciudad imperial, calculaban que la altura del río llegaba á la de los pisos primeros. En la ciudad, los habitantes no las tenían todas consigo al ver manar con más abundancia las fuentes y surgir á grandes borbotones los manantiales, como impelidos en sus canales subterráneos por una fuerza extraña. En una palabra, sobre San Petersburgo se cernía algo sombrío que indicaba la aproximación de una gran desgracia.

Llegó la tarde, y en todas partes dobláronse las centinelas consagradas á las señales.

Por la noche reventó sobre la capital una tempestad horrorosa, y como habían ordenado levantar los puentes de modo que los buques pudiesen buscar un refugio hasta el corazón de la ciudad, durante toda la noche y semejantes á blancas fantasmas, remontaron aquéllos el Neva para echar anclas delante de la ciudadela.

Yo me quedé hasta media noche en casa de Luisa, la cual estaba tanto más asustada cuanto el conde Alejo había recibido la orden de presentarse en el cuartel de caballeros guardias, como si la ciudad hubiese estado en el de sitio.

Al salir de casa de Luisa me encaminé á los malecones. El Neva estaba agitado, y sin embargo no crecía aún de un modo visible; pero de tiempo en tiempo y del lado del mar se oían ruidos extraños, semejantes á prolongados gemidos.

Fuíme á mi casa, y al llegar á ella encontré despierto á todo el mundo. Una fuente que manaba en el patio, hacía dos horas que se había desbordado é inundaba toda la planta baja. Decíase que en otros sitios las aguas habían levantado las losas de granito y desparramádose en todas direcciones. En efecto, durante todo mi camino, parecióme ver surgir el

agua al través de las piedras; pero como yo no creía en el peligro de la inundación, atento á que tal peligro me era desconocido, me subí á mi morada, que por estar en segundo piso me ofrecía completa seguridad. Con todo eso durante algún tiempo la agitación de los demás, más que la mía propia, me tuvo desvelado; pero como me rendía la fatiga, no tardé en dormirme al fragor de la tempestad.

A las ocho de la mañana me arrancó de mi sueño un cañonazo, y para ver qué ocurría me puse apresuradamente una bata y me asomé á la ventana. Las calles ofrecían el aspecto de una agitación extraordinaria.

Entonces me vestí atropelladamente y eché escalera abajo.

—¿Qué significa ese cañonazo? pregunté á un hombre que subía unos colchones al primer piso.—Que el agua sube, me respondió sin detenerse el interpelado.

Descendí á la planta baja, y aunque el piso estaba sobre el nivel de la calle á la altura de los tres escalones que formaban la escalinata, el agua llegaba hasta el tobillo; en cuanto á la calle, estaba inundada en el centro, y una como marea causada por el paso de los carruajes batía las aceras.

Desde la puerta divisé un droschki y lo llamé; pero el ivoschik se negaba á andar y quería volverse lo más pronto posible á su cobertizo. Sin embargo lo decidí un billete de veinte rublos. Entonces salté en el coche, dí la dirección de Luisa, y el caballo emprendió la marcha con agua hasta los corvejones.

De cinco en cinco minutos disparaban cañonazos, y cada vez aquellos con quienes nos cruzábamos decían: «El agua sube.»

Al llegar á casa de Luisa ví á la puerta un soldado de caballería que había venido al galope para decir á mi paisana, de parte del conde Alejo, que se subiese á lo más alto de la casa á fin de que el agua no la

sorprendiese. El viento acababa de saltar al oeste, y repelía al Neva hacia sus fuentes, por manera que el mar parecía luchar con el río para volverlo á echar en su lecho. El soldado, que había cumplido su comisión al entrar yo en casa de Luisa, partió de nuevo y á escape hacia el cuartel, haciendo volar en torno de sí el agua.

El cañón no cesaba de retumbar.

Ya era tiempo que yo llegase: Luisa estaba muerta de miedo, menos quizá por ella que por el conde Alejo, cuyos cuarteles tenían que ser los primeros en sufrir las consecuencias de la inundación por estar situados en el barrio de Narva. Sin embargo el mensaje que mi paisana acababa de recibir la había tranquilizado un poco.

Luisa y yo nos subimos juntos á la azotea de la casa, que, por ser una de las más altas, dominaba toda la ciudad, y desde la cual, en días serenos, se divisaba el mar. Por el pronto, empero, la niebla era tan densa, que apenas si veíamos cosa alguna.

A no tardar los cañonazos fueron más apresurados, y vimos como de la plaza del Almirantazgo se escapaban por las calles y en todas direcciones los coches de alquiler, cuyos cocheros, dándose á entender que iban á hacer un buen negocio, vista la invasión subterránea de las aguas, se habían reunido en su punto habitual, pero que ahora no tenían más remedio que huir ante la inundación. «¡El agua sube! ¡el agua sube!» gritaban los cocheros fustigando con todas sus fuerzas á sus caballos. En efecto, detrás de los coches y como para perseguirlos al través de las calles, una grande ola mostró su verdosa cabeza por encima del malecón, se estrelló en la esquina del puente de Isaac, y su espuma llegó hasta el pie de la estatua de Pedro el Grande. Entonces se oyó un gran clamor de espanto, cual si aquella ola la hubiese visto toda la ciudad. El Neva había salido de madre. A aquel clamor, el terrado del palacio de Invierno se cubrió de

uniformes. El emperador Alejandro acababa de subir allí rodeado de su estado mayor, para dar órdenes, pues el peligro era más urgente por momentos. Una vez en el terrado, el emperador vió que el agua llegaba ya á más de la mitad de la altura de las murallas de la ciudadela, y pensando en los infelices presos que estaban en las enrejadas mazmorras que miraban al Neva, dió al patrón de una barca la orden de que sin demora fuese á decir al gobernador que les hiciese salir de sus calabozos; pero la barca llegó demasiado tarde: en medio del desorden general los sin ventura habían perecido ahogados sin que nadie se hubiese acordado de ellos.

En esto y por encima del palacio de Invierno vimos la banderola del yate imperial, que en previsión de lo que pudiese ocurrir se había acercado para dar asilo al emperador y á su familia. Entonces el agua tenía que estar al ras de los parapetos de los malecones, que empezaban á desaparecer, y al ver un coche que bregaba con su cocheró y su caballo, vinimos en conocimiento de que en las calles ya perdían pie. A no tardar el cocheró se echó á nado, llegó á una ventana, y desde un balcón de un piso primero le prestaron auxilio. Momentáneamente preocupados con este espectáculo, Luisa y yo habíamos desviado del Neva la mirada; pero convirtiéndola otra vez hacia el río, vimos dos barcas en la plaza del Almirantazgo, lo cual era demostración de que las aguas habían rebasado ya los parapetos. A las mencionadas barcas, enviadas por el emperador en auxilio de los que se ahogaban, siguieron tres más. En esto volvimos maquinalmente los ojos hacia el coche y el caballo; el techo del carruaje todavía quedaba al descubierto, pero el caballo estaba enteramente sumergido, señal evidente de que en las calles el agua llegaba ya á unos dos metros de altura, como también era señal de que la inundación cubría las murallas de la ciudadela, el que hubiesen cesado los cañonazos. En aquel

instante empezaron á flotar sobre las aguas los despojos de las casas, despojos que, impelidos por las ondas, llegaban de los arrabales, y no eran otros que los de las miserables barracas de madera del barrio de Narva que, no pudiendo resistir al huracán, habían sido arrebatadas junto con sus infelices moradores.

Una de las barcas que pasaban por la calle de Niusky pescó ante nosotros un hombre, pero ya el desventurado estaba muerto. Difícil me sería decir la impresión que en nosotros causó la vista de aquel primer cadáver.

El agua continuaba subiendo con espantosa rapidez; los tres canales que encierran y abrazan la ciudad vomitaban en las calles sus barcas cargadas de piedras, forrajes y maderas. De tiempo en tiempo un hombre se agarraba á alguna de aquellas islas flotantes, se subía á ella y hacía señales á las barcas que bregaban para llegar á él; pero la tarea se hacía sumamente difícil á causa del enfurecimiento de las ondas encerradas en las calles como en canales; y tan es así, que antes que pudiesen haberlo auxiliado, con frecuencia el sin ventura era arrastrado por las aguas, ó veía á aquellos á quienes miraba como á sus salvadores desaparecer bajo ellas.

Luisa y yo sentíamos retemblar la casa, y la oíamos gemir al embate de las ondas, que llegaban ya al piso primero, y á cada instante nos parecía que su base iba á henderse, y á derrumbarse sus pisos superiores. Con todo esto, en medio de aquel caos, Luisa no tenía en la boca más que estas palabras: ¡Oh Dios mío! ¡Alejo! ¡Alejo!»

El emperador parecía estar desesperado: junto á él estaba Milarodowich, gobernador de San Petersburgo, que recibía y transmitía las órdenes de aquél, órdenes que, no obstante ser peligrosísimas, eran instantáneamente ejecutadas con abnegación sublime.

Las nuevas que iban llegando al emperador eran cada vez más desastrosas. Uno de los cuarteles de la

ciudad acababa de derrumbarse y desaparecer bajo las aguas junto con un regimiento entero que se había subido al tejado en busca de un refugio. Mientras estaban haciendo este relato al emperador, una centinela, arrebatada en su garita, que hasta entonces lo protegiera como una barca, pareció en la cresta de una onda, y viendo al zar en el terrado, se puso en pie y le presentó las armas. En esto una onda lo derribó á él y á su frágil embarcación, al ver lo cual Alejandro lanzó un grito y ordenó á una canoa que volase en auxilio de la centinela. Por fortuna el soldado sabía nadar, y, sosteniéndose por un instante sobre el agua, dió tiempo á que la canoa llegase á él y lo condujese á palacio.

Pronto se convirtió todo lo demás en una escena caótica de la que era imposible fijarse en los pormenores. Algunos buques se hicieron añicos al chocar entre sí, y sus despojos pasaron entre reliquias de las casas, de los muebles flotantes y de los cadáveres de hombres y de animales. Ataúdes arrancados á los enterradores restituyeron sus osamentas como en el día del juicio final, y una cruz arrebatada del cementerio, entró por una ventana del palacio imperial, y, presagio de muerte, fué hallada en el dormitorio de Alejandro.

De esta suerte subieron las aguas por espacio de doce horas. En todas partes las casas quedaron inundadas hasta el primer piso, y algunas hasta el segundo, esto es dos metros más arriba de la Virgen de Pedro el Grande; luego empezaron á bajar, porque con la permisión de Dios el viento saltó del oeste al norte, y el Neva pudo continuar su curso al que la mar se había opuesto como una muralla; doce horas más y San Petersburgo y sus moradores desaparecían de la haz de la tierra como las ciudades antiguas el día del diluvio.

Durante todo el tiempo de la catástrofe, el emperador, los grandes duques Nicolás y Miguel y el

gobernador general de la plaza, conde de Milarodowich, apellidado por su valor el Bayardo ruso, por más que su continencia ni remotamente pudiese compararse á la del héroe francés, no abandonaron el terrado del palacio de Invierno, mientras la emperatriz, desde la ventana de su dormitorio, arrojaba bolsas henchidas de oro á los barqueros que se abnegaban por la salvación de sus semejantes.

Por la tarde atracó en el segundo piso de nuestra casa una barca tripulada por un soldado con el que Luisa, que había conocido el uniforme, hacía rato cruzaba signos de satisfacción; en efecto, el soldado era portador de nuevas del conde y venía en busca de las nuestras. Luisa escribió con lápiz algunas líneas tranquilizadoras, y yo añadí á ellas una posdata en la que ofrecí al conde no abandonarla.

Como las aguas continuaban bajando, y el viento prometía continuar soplando del norte, descendimos al piso segundo, y en él pasamos la noche, por ser imposible de toda imposibilidad entrar en el primero, por más que de él se hubiese retirado el agua, pues todo estaba sucio y echado á perder, rotas las ventanas y las puertas, y el suelo cubierto de muebles destrozados.

En un siglo, era aquella la tercera vez que San Petersburgo, con sus palacios de ladrillos y sus columnatas de yeso, se veía amenazada por el agua, formando singular pareja con Nápoles, que, en la opuesta extremidad de Europa, está amenazada por el fuego.

Al día siguiente no había en las calles más que unos sesenta ó setenta centímetros de agua; entonces, al ver los despojos y los cadáveres que yacían sobre el adoquinado, pudo apreciarse toda la inmensidad del desastre. Los buques fueron arrastrados hasta la iglesia de Cazán, y, en Cronstad, un navío de línea de cien cañones, fué lanzado en medio de la plaza pública después de haber derribado dos casas contra las cuales chocara como si hubiesen sido peñas.

En medio de aquella venganza de Dios, los hombres ejercieron también una venganza terrible. A las once de la noche, el ministro, llamado por el emperador, dejó en su casa á su hermosa conectora, recomendándole que á la primera señal de peligro se subiese á las habitaciones adonde no pudiese llegar el agua, lo cual era fácil, atento que el palacio del ministro, uno de los más suntuosos de la calle de la Resurrección, tenía cuatro pisos.

La Gosudarina se había pues quedado sola en el palacio con sus esclavas, y el ministro encaminádose al palacio de Invierno, donde se quedara junto al emperador hasta el subsiguiente día, ó si decimos todo el tiempo que duró la inundación; pero en cuanto se vió libre, tornó á su palacio, donde encontró derribadas todas las puertas. El agua había subido á la altura de más de cinco metros, de modo que la casa estaba completamente abandonada. Inquieto por lo que pudiese haber sucedido á su amante, el ministro subió apresuradamente al dormitorio de ésta. La puerta estaba cerrada, y era una de las que habían resistido al empuje de las aguas; las demás, casi todas habían sido arrancadas de sus goznes y arrebatadas. Desasosegado por tan singular circunstancia, Milarodowich golpea la puerta y llama en altas voces, pero todo permanece callado, si no desierto; ante aquel silencio, el ministro siente redoblar su terror, y haciendo inusitados esfuerzos consigue por fin derribar la puerta. En medio del aposento yacía el cadáver de la Gosudarina; pero como prueba terrible de que la inundación no era la causa única de su muerte, al cadáver le faltaba la cabeza. Milarodowich, casi loco de dolor, pidió socorro por el mismo balcón desde el cual Machinka presenciara la ejecución de su antiguo amigo, y cuando acudieron á sus voces, lo encontraron de rodillas junto al mutilado cuerpo. Entonces buscaron la cabeza por todo el dormitorio, y halláronla debajo de la cama, adonde la arrastrara el agua;

junto á la cabeza estaban unas grandes tijeras de podar setos y que evidentemente habían servido para cometer el asesinato.

Los esclavos del ministro, que al aspecto del peligro huyeron cada uno por su lado, regresaron aquella misma noche ó al día siguiente; el único que no compareció fué el jardinero.

X

Al saltar del oeste al norte, el viento indicó la llegada del invierno; así es que apenas reparados los primeros desastres causados por el enemigo en retirada, hubo que hacer frente al enemigo que avanzaba. Y era tanto más urgente apresurarse, cuanto el día de la inundación era ya el 10 de noviembre. Los buques que se salvaron de la furia del huracán ganaron sin perder tiempo la alta mar para no reaparecer, como las golondrinas, hasta la primavera; alzáronse los puentes, y todos aguardaron ya más tranquilos las primeras heladas, que llegaron el 3 de diciembre. El 4 nevó, y aunque el termómetro no descendió más que á 5 ó 6 grados bajo cero, establecióse el servicio de trineos, lo cual resultó favorable para la población, pues habiéndose echado á perder con la inundación todas las provisiones de invierno, aquél preservaba de la carestía. En efecto, gracias á los trineos, que por su velocidad casi pueden compararse á los trenes de ferrocarril, de todos los ámbitos del imperio llegan á la capital piezas de caza muertas á las veces á mil ó á mil doscientas leguas del sitio en que son comidas. Entonces afluyen á los mercados, donde más bien los dan que no los venden, gallos y patos silvestres, perdices y chochas, conservados con nieve en barricas, y junto á ellos, se vendidos sobre mesas ó formando montones los pes-